

UNA JOYA EN EL CASTILLO DE LA IGLESIA

Recordemos, ante todo, una verdad: el acto de Pío IX no innovaba nada, no era más que el último gesto de un esfuerzo multisecular, realizado por la Iglesia, para descubrir en el depósito de la revelación, en ese estuche fulgurante de la doctrina celeste, una de las joyas que Dios había puesto en él. Hay joyas, hay verdades, que aparecen desde el primer momento, por ser acaso más esenciales, más necesarias para la vida espiritual del hombre. Sin saber que Cristo era Dios, que la humanidad se había unido en él a la divinidad, que la redención nos comunicaba la gracia, hubiera sido imposible vivir. Son los primeros dijes que la Iglesia encontró en su castillo de desposada. Otros, maravillosos también, pero menos indispensables, quedaron allá en el fondo, aguardando el momento en que por los cuidados de la ciencia teológica y por la amorosa atención del sentimiento del pueblo cristiano, pudiesen brillar en la superficie. A estos últimos pertenece el misterio de la Inmaculada Concepción. Es una verdad, cuya profesión clara y explícita ha ido manifestándose poco a poco a la Iglesia, en un proceso que, según la distinción clásica para esta clase de verdades, se verifica en tres etapas más importantes. Hay, en primer lugar, un momento de tranquila posesión o de creencia implícita; viene luego un período de discusión, provocado por la intervención de los teólogos y los predicadores, y, finalmente, tras la controversia llega la profesión pública y el asentimiento general, sancionado habitualmente por un acto solemne del magisterio eclesiástico.

LA MARIOLOGIA PRIMITIVA

Por lo que se refiere al misterio de la Inmaculada Concepción, hay que distinguir

un primer período de creencia implícita, que va desde los orígenes hasta el Concilio de Efezo (431), y otro de desarrollo progresivo que comienza en este Concilio, y se revela luego más clarividente y precoz en Oriente que en Occidente.

Los primeros Padres de la Iglesia consideraron a María como una prolongación de los Misterios de la Encarnación y de la Redención, más combatidos en las primeras herejías. Para ellos María es, ante todo, la Madre del Verbo encarnado y la Virgen intacta. Su relación con la obra redentora se expresa con la antítesis que existe entre ella y Eva, madre del género humano. El título de nueva Eva, que restaura por la obediencia lo que había perdido por la desobediencia, se repite constantemente en las obras de San Justino, San Ireneo, Tertuliano y San Hipólito. San Justino tiene una expresión que podría hacer pensar en la exención de todo pecado: «No solamente es virgen, sino libre de toda corrupción». Y de San Hipólito es esta bella imagen: «No hay pecado en el Señor, puesto que su humanidad procede de una madera incorruptible, la santa Virgen y el Espíritu Santo». Todo esto, sin embargo, no pasa de ser otra cosa que un indicio y vestigio de la creencia, y así se ha podido decir, que ningún padre anteniceno afirma claramente el hecho de la Concepción Inmaculada.

LA INMACULADA EN LA EDAD DE ORO DE LA PATROLOGIA

Después los grandes Doctores de la edad de oro de la Patrística, San Cirilo de Alejandría, San Juan Crisóstomo, San Basilio, y en Occidente, San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustín, están demasiado absorbidos por la solitud de las luchas cristológicas, para detenerse a examinar los problemas de la